



Sargento Pérez Fernández, un héroe del 25

Sargento de Artillería, de la primera batería del mixto de Ceuta por más señas, combatiente como tantos otros en aquella interminable guerra de Africa; y también como tantos otros soldados de su tiempo, un valiente, un héroe; y hoy, a seis décadas de distancia, un personaje absolutamente desconocido.

EL 14 de diciembre de 1925, en el campamento de Cardeñosa, sector de Axdir, los artilleros mandados por el comandante Lorenzo de Argila se disponían a almorzar. La mañana había sido movida, preparando munición, asentando piezas y arrimando sacos terreros a los parapetos. El alto mando de la zona había advertido de un posible ataque enemigo en las próximas horas, y la artillería estaba lista para intervenir.

Los soldados ya se agrupaban formando ranchos fuera de las tiendas. Sentados alrededor de las perolas humeantes, se disponían a reponer energías para después seguir parapetando el material. Pero el anunciado ataque se anticipó. De las lomas de enfrente de la posición, partió un sordo estampido que al instante se transformaba en horrisona explosión. Una granada rompedora, que acababa de caer junto a la línea de piezas, anunciaba toda una traca que acabaría cortando el apetito a los artilleros de Cardeñosa.

En la tienda de los suboficiales se había observado la explosión con ojos de experto. Muchos meses de campaña permitían calibrar el efecto de un proyectil, y aquél... traía mala sombra. Estaba claro que los moros seguían mejorando su puntería.

Aún no se acababa de disipar el humo, cuando, sorteando los vientos y estaquillas que sujetaban la lona, un hombre, en mangas de camisa, salía del cono y se perdía entre la densa nube de humo negro que marcaba el punto del impacto. Era el sargento Matías Pérez Fer-

nández, de la primera batería, que apenas si se distinguía entre la humareda y el polvazo de un profundo embudo.

Entre dos piezas, distantes de las tiendas poco más de un centenar de metros, Matías intentaba abrir una caja de munición del siete por cinco, de la que partía una densa columna de humo y chispas incandescentes. Apoyada la espalda en la cureña de un cañón, el sargento se arqueaba tenso con la mortífera carga entre sus brazos. Dobló una rodilla, ancló el talón de un pie contra la rueda del arma; y haciendo base de apoyo con el muslo, arañó las tablas de la tapa intentando clavar las uñas en la mínima hendidura.

En un tiempo imperceptible, Ma-

tías se rasgó las yemas de los dedos, acribilló sus manos con mil astillas invisibles, y sin sentir otro dolor que la náusea que produce la impotencia, cayó rodando al suelo con el cajón casi incrustado en su esqueleto. Había logrado hacer saltar la tapa y la reacción de su propia fuerza la tiró por tierra. Ahora un chorro de fuego se escapaba por la mella, y él extraía del interior una vaina metálica al rojo vivo, para arrojarla con ímpetu hasta una trinchera próxima.

El primer proyectil del bombardeo enemigo había caído cerca de las cajas de munición con granadas rompedoras espoletadas en su interior, y un trozo de metralla había producido el incendio de la carga de proyección de una de ellas; de tal forma, que en pocos segundos se extendía el fuego a las nueve restantes del envase. El peligro era evidente; de inflamarse la carga, no sólo se produciría la explosión de la caja y otra más que se hallaba en las proximidades, sino la de todo el



Artilleros del año 1925. La Guerra en Africa les deparó un gran protagonismo



Sin sentir otro dolor que la náusea que produce la impotencia, cayó rodando al suelo con el cajón incrustado a su esqueleto.



Parecía imposible salir con vida de un punto sobre el que no cesaban de caer proyectiles de grueso calibre.

El hecho de ser propuesto para la Laureada, supone ya para un militar el ser considerado un hombre excepcional.

polvorín compuesto por otros doscientos proyectiles.

El sargento Matías había realizado su hazaña en el tiempo justo para arrojar las granadas a la zanja y poner a cubierto la segunda caja; pero al riesgo indudable de una explosión que le hubiese destrozado por completo, se unía el hecho de hallarse a cuerpo descubierto en el punto más violentamente batido por la artillería enemiga. Una particular "Baraka" debió ampararle, ya que, según los testigos presenciales de la heroicidad, parecía imposible salir con vida del interior de un círculo apenas de veinte metros de radio, sobre el que no cesaban de caer proyectiles de grueso calibre. Matías Pérez fue propuesto para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando, como supuestamente incluido en el artículo 43 del Reglamento. Las declaraciones de Juicio Contradictorio se publicaron en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra el 6 de mayo de 1927; y todos los declarantes, sin excepción, coincidieron en que el acto había sido extraordinario, por cuanto arriesgó su vida el propuesto para salvar no sólo la de todos los presentes en el campamento, sino para mantener intacta la defensa artillera, que de otra forma se hubiera visto seriamente dañada. Pero al final no le fue concedida a Matías la preciada recompensa, el Reglamento de la Orden es a veces tan estricto que parece injusto: sin embargo, el hecho de ser propuesto para la Laureada supone ya para un militar la consideración excepcional de héroe: y el sargento Matías Pérez Fernández, no sólo fue una de las figuras más brillantes en el escalafón de los mejores de la campaña africana; sino que su nombre pasó a constituir todo un símbolo de valor y abnegación entre los miles de suboficiales y sargentos de la época.

Hoy, a más de sesenta años de distancia, aquel sargento artillero sigue honrrando con su gesta a todos cuantos desde la identidad de su empleo se sienten orgullosos de vestir el uniforme militar. •